

Doris Heyden

Los conceptos indígenas de la tierra en el México antiguo .

La gente del México antiguo clasificaba la tierra según las propiedades que prestaba para la agricultura u otra actividad, sus ventajas o desventajas geográficas, y como la concebían en la religión, la mitología y los ritos.

Para los pueblos agrícolas, la calidad de la tierra, sobre todo su fertilidad, fue de suma importancia. Sahagún, en su *Historia general*, describe las “diversas calidades de la tierra”, empezando con las que son fértiles. Propone los nombres en náhuatl, con su significado: “A la tierra fértil, para sembrar y donde se hace mucho lo que se siembra en ella, *atoctli*, que quiere decir tierra que el agua ha traído, es blanda, suelta, hueca y suave, es tierra donde se hace mucho maíz” (1969, III: 347).

La tierra que está estercolada con maderos podridos, que es suelta y donde crece bien el maíz, se llama *quaubtlalli*, “tierra de madera”. Otras son la *tlalcoztli*, “tierra amarilla”, cuyo color significa fertilidad; la *xalatoctli* es arenosa (de *xalli* = arena) y es suave de labrar; la que se llama *tlazotlalli*, “que es tierra donde las hierbas se vuelven en estiércol” y sirven de abonos; a la tierra estercolada la llaman *tlalauiac*, que quiere decir suave y adobada con estiércol, y las tierras de riego que se llaman *atlalli*, “tierra con agua”. A las faldas de los cerros les dicen *tepetlalli*; *tepetl* quiere decir monte y *tlalli*, tierra. En ellas hay tierra pedregosa, áspera y seca, llamada *tetlalli* (*tetl* = piedra), pero sin embargo aquí crece bien el maíz (*ibid.*, 191: 347-348).

Algunas tierras que Sahagún llama “ruin” son: la que se llama *tequixquitlalli* de *tequixquitl* que es estéril por

su contenido de salitre; la *tlalnexthli*, tierra de cal que no sirve para la agricultura pero que molida y mezclada con cal es fuerte y es utilizada para hacer adobes, y la *tezontlalli*, mezclada con cal también sirve para la construcción. La *teubtlalli* (*teubtli* = polvo) es tierra seca que fácilmente se convierte en polvo y no es buena para plantar.

Hay tierras que sirven para fabricar cerámica, como “un barro [...] para hacer loza y vasijas, es muy buena y muy pegajoso, amánsalo con aquellos pelos de los tallos de las espadañas, llámase *tezoquitl* y *contlalli* (*con-chiua* = fabricar vasijas de barro); de este barro se hacen comales, escudillas y platos, y toda manera de loza” (*ibid.*, 349).

Una tierra donde se hace sal se llama *iztlatlalli* de *iztlatl*, sal. La *tlachichilli* (*chichiltic* = rojo) es colorada y cuando se frota los trastos con ella se produce un lustre rojizo y agradable.

La tierra *palli*, que quiere decir tintura negra, se usa para teñir objetos pero principalmente es tintura para el pelo de las mujeres y da como resultado un tono muy negro (*ibid.*, 349).

Sahagún considera que “las alturas, bajuras, llanos y cuestras” son partes de la tierra, como obviamente lo son. Los cerros se hicieron de la nariz de Tlaltecuhthli, señor o señora de la tierra (*Historia de México*, 1973: 108), y algunas montañas son nombradas por Sahagún con el nombre con que las describe. Un ejemplo es el Popocatepetl, “monte que humea”, y Sahagún dice que “es monte monstruoso de ver, y yo estuve encima de él”.

También subió al volcán Iztaccíhuatl, aquí nombrado Iztactépetl, “sierra blanca o nevada”. Otra montaña, Poyauhtécatl, cerca de Tecamachalco, echaba fuego en su interior, y la Matlalcueye por Tlaxcala, quiere decir “mujer con naguas azules” (*ibid.*, 350). Éstos son algunos montes que forman parte de la faz de la tierra. Serna dice que la tierra se llamaba *Tlalticpaqui*: “Que era dios de la tierra, y de ordinario era esto en las cumbres de los montes” (1953, I: 242).

La veneración que tenía el pueblo para la montaña se aprecia en la designación que le daban cuando la llamaban “su madre” (Sahagún 1969, I: 126). Se consideraba, además, que las montañas estaban llenas de agua, como las ollas o como el útero femenino. Y Durán decía que los ríos salen de los volcanes, “en los cuales ríos y quebradas y fuentes hallará el hambriento de riquezas hartas cosas...” (1967, I: 173).

Como el agua es parte de la tierra, los mexicas referían a “nuestra madre el lago” (Durán, *ibid.*, 91). El agua, ese ojo de la tierra, fue objeto de devoción del pueblo porque en ella se nacía (en el útero), con ella recibía la primera ceremonia el recién nacido, la gente dependía de ella toda la vida y “con ella morían” (Durán, *ibid.*, 173). Dice Durán que el agua más preciada era la que salía de los pies de los árboles llamados *ahuehuetl*, cuyo nombre se compone de “*atl*, ‘agua’, y *huehuetl*, ‘atambor’” (*ibidem*), aunque huehue quiere decir “viejo” y el ahuehuate o sabina llega a tener larga edad. Se decía que los árboles eran los hombres en la lejana antigüedad (Serna, 1953, I: 231), por eso la gente los veía como antepasados sagrados, los saludaban antes de cortarlos, les llevaban ofrendas, y les hablaban “como si fueran de razón y entendimiento” (Durán, 1967, I: 270).

La Diosa Madre fue conocida como *Tlalli Yollo*, “Corazón de la tierra”, también como *Toci*, “Nuestra abuela”, *Tonan*, “Nuestra madre” y *Teteo Innan*, “Madre de los dioses” (Sahagún, 1969, I: 4). Durán la llama por otro nombre. Decía: “Grande era el honor y reverencia que a la tierra hacían, debajo de este nombre reverencial [...] Tlaltecuhltli [...] que se compone de *tla-lli* y *tecuhltli* [...] ‘el gran señor de la tierra’ [...] La mayor reverencia que sentían que le hacían era poner en la tierra el dedo y llevarlo a la boca” (1967, I: 169). De aquí viene la costumbre de besar o comer tierra como acto de respeto.

La madre tierra podía ser amable —regalando sus bienes a los labradores— podía ser la gran devoradora, donde iban los hombres después de morir. Como dice

Mendieta (1945, I: 87), “aunque a la tierra tenían por diosa [...] la pintaban como rana fiera con bocas en todas las coyunturas [...] diciendo que todo lo comía y tragaba”. Esta descripción recuerda a la monumental estatua de Coatlicue en el Museo Nacional de Antropología, en cuyas coyunturas se ven bocas con colmillos y ojos, que le deben relacionar con la tierra.

Por medio de los ritos agrícolas en el México antiguo podemos vislumbrar algunos conceptos de la tierra. Se llamaba a la tierra por diferentes nombres respetuosos, de igual forma a las plantas que son sus hijos. A la tierra la llamaban “conejo boca arriba” (Serna, 1953, I: 249, 261), sin duda porque mira al cielo y es fértil y productiva como el conejo. Cuando se refiere al conejo en esta posición, de espaldas, dice Serna que es porque así no puede correr con gran velocidad y se convierte en el aire sobre la tierra (*ibid.*, 315).

La tierra era la “madre del maíz”, cuyos “hermanos espiritados” eran los aguaceros, y en cierta época, en el signo calendárico *ce quiahuitl* (uno agua) bajaban “los dioses, que son las nubes, y los dioses los aguaceros” para fertilizarla (*ibid.*, 306).

Era la “Princesa tierra” a quien los labradores encomendaron “en tus manos a mi hermana la que nos da nuestro mantenimiento [...] hermana semilla [...] que eres sustento” (el maíz). El hombre que plantaba, decía “contigo hablo, mi madre Princesa tierra”, cuando le entregaba la semilla, (Serna, 1953, I: 307-308).

Según Pedro Ponce, “cuando han de barbechar [...] primero hacen una oración a la tierra, diciéndole que es su madre, y que la quieren abrir y ponerle el arado” (1973: 126).

Algunos de los conjuros que hacían los agricultores se dirigían al agua, “la deidad verde”, que protegía a las sementeras, “la blanca y amarilla” (maíces), y a “nuestra hermana la blanca mujer” (la milpa) (Serna, 1953, I: 311). En las invocaciones, a veces se dirigen a la “Madre, Señora de la tierra”, llamándola *Tonan* (Nuestra Madre) o por otro nombre *llamateuctli* (la diosa como anciana).

Llaman a los cerros “ajorcas de piedras preciosas por los ríos que los cercan” y dicen que la que tiene cobertor de flores y un collar de éstas es la tierra misma. Pero a pesar de esta imagen tan bella, la gente invocaba también a la Señora Tierra con el nombre de “Carigolpeada” ‘porque la pisan’ los que van cargando cosas, como los labradores, pescadores y mercaderes (*ibid.*, 316, 332-333).

La tierra se ha presentado como la creadora de los bienes para la humanidad, para la flora y la fauna. La arena, *xalli*, que ocupa gran parte de la superficie de esa gran madre pero que se considera estéril, sin embargo tenía gran importancia ritual en el México prehispánico. Se ha encontrado mucha arena en las ofrendas del Templo Mayor (López Luján, 1994: 192-193; Debra Nagao, 1985: 79), como base para las ofrendas que sugieren una relación mortuoria. En los himnos sacros de los nahuas, la frase *xalli iteuhyan* “esparcir la arena” fue un sinónimo del Tlalocan (Garibay, 1958: 207). El Tlalocan fue considerado el nivel debajo de la tierra, como su infraestructura y también un lugar de la muerte adonde iban los que morían por agua (Sahagún, 1969, I: 297). En algunas fiestas mensuales —en VIII Huey tecuilhuitl, XIV Quecholli, XV Panquetzalitzli y XVIII Izcalli— los cautivos o representantes de los dioses que iban a morir sacrificados hicieron una ceremonia que, hasta donde sé, anteriormente no se había explicado. Este rito se llamaba *xalaquía*, “entrar en la arena” (Sahagún, 1969, I: 180). Al entrar en la arena, dice el *Florentine Codex* (1981: 103), se predijo su muerte. Primero se bañaban a las víctimas en el agua sagrada del Uitzilopochco, al pie del templo de Huitzilopochtli, o en el caso de las mujeres representantes de la diosa del maíz en otros cuatro lugares sagrados, luego “entraron a la arena” (*Florentine Codex*, 1981: 138, 141, 162).

¿Qué quiere decir la presencia de la arena en estos ritos? Simplemente que formaba parte importante de la purificación ritual, igual que el agua, y constituía una puerta de entrada a la región de la muerte. Agradezco la información ofrecida por el biólogo Robert Bye quien me llamó la atención acerca de que la arena y la tierra misma constituyen material natural para la limpieza: al revolcarse en ellas se limpian de parásitos y suciedad de las aves. También el doctor Bye me señaló que entre los indios hopi del norte, el *sipapu*, que quiere decir la entrada al mundo de los muertos, es un lugar pequeño a través del cual la gente pasa al venir al mundo de los vivos y por donde regresa al morir.

Estos ritos de paso tienen lugar en una parte de la tierra que es arenosa y llena de cactus, donde se encuentra el *sipapu* mítico. Cada kiva, lugar de reunión ceremonial, tiene su *sipapu*. Cuando una kiva es abandonada, por razones religiosas, se cree que se muere, entonces al *sipapu* lo llenan con arena. Se ve que la arena simboliza el espacio sagrado de la vida pero tam-

bién de la muerte. Entonces, en México los que estaban destinados a morir ritualmente pasaban por la arena; fue su paso a la muerte. Como se ha dicho, la tierra da la vida y es donde los muertos descansan.

En todos los aspectos, la tierra, la gran creadora, fue adorada y propiciada por la gente del México antiguo con ritos, oraciones, conjuros, ofrendas y gran número de costumbres y tradiciones. Durán, en varias partes de su obra, enseña esta dependencia y amor a la tierra y a toda la naturaleza cuando dice que la gente, “con mucha devoción [...] invocaban a los cerros, las aguas y fuentes, las quebradas, los árboles [...], el sol, la luna y estrellas, la tierra, el agua, los cielos [...], llanos [...] y todas las cosas criadas” (1967, I: 209, 282).

En resumen, pensamos que con una interacción tan cercana entre los hombres y sus hermanos creados por



Códice Florentino.

la naturaleza, no sorprende que las personas conversaran con el viento (Durán, I: 170) y se sintieran parientes de los árboles (Serna, 1953, I: 231). En fin, la tierra con todos sus frutos era la Madre.

Bibliografía

- Durán, Fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.), 2 vols., Porrúa, México, 1967.
- Garibay K., Ángel Ma., *Veinte himnos sacros de los nahuas*, (ed.), Informantes de Sahagún, 2. Fuentes indígenas de la Cultura Nahuatl, Instituto de Historia: Seminario de Cultura Nahuatl, UNAM, México, 1958.
- Historia de México (Historye du Mechique)*, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.) (col. Sepan Cuantos, núm. 37), Porrúa, México, 1973, pp. 91-116.
- López Luján, Leonardo, *Las ofrendas del Templo Mayor de Teotihuacán*, INAH, México, 1993.
- Mendieta, Fray Geronimo de, *Historia eclesiástica indiana*, 4 tomos, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, México, 1945.
- Nagao Debra, *Mexica Buried Offerings. A Historical and Contextual Analysis*, BAR International, Oxford, Inglaterra, 1985.
- Ponce de León, Pedro, "Tratado de los dioses y ritos de la gentilidad", en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.) (col. Sepan Cuantos, núm. 37), Porrúa, México, 1973, pp. 121-153.
- Sahagún, Fray Bernardino de, *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, traducción del náhuatl al inglés por Arthur J.O. Anderson y Charles, E. Dibble, 12 vols., The School of American Research the University of Utah, Santa Fe, New Mexico, 1950-1980.
- , *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Ángel Ma. Garibay K. (ed.), 4 tomos, Porrúa, México, 1969.
- Serna, Jacinto de la, "Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas", en *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, Francisco del Paso y Troncoso (ed.), 2a. edición: 40-371, vol. 1, Ediciones Fuente Cultural, Librerías Navarro, México, 1953.